

**EL LUGAR DE LA POLÍTICA:
INVESTIGACIONES DESDE LA ARQUEOLOGÍA**

VICENTE LULL, RAFAEL MICÓ, CRISTINA RIHUETE HERRADA Y
ROBERTO RISCH
Universitat Autònoma de Barcelona

Hacia una definición: política y ontología social

“Política” es un concepto aplicado frecuentemente en múltiples facetas tanto de la convivencia diaria como de la actividad investigadora. En este último ámbito, designa un objeto de conocimiento (las sociedades del pasado hicieron *política*, que la arqueología quiere y puede conocer) y, según la crítica postprocesual, una dimensión inherente de los sujetos de conocimiento que modela sus inevitables prejuicios e impide, por cierto, cualquier posibilidad de conocimiento objetivo. En estas líneas no nos ocuparemos de los condicionamientos políticos en la labor arqueológica, sino que propondremos un marco teórico y, en cierta medida, metodológico, que permita abordar el estudio de las relaciones políticas¹.

Abordar este propósito dando por sentado que compartimos una misma definición de “política” supone, con toda probabilidad, asumir desencuentros de partida que abonarán el malentendido. A fin de evitarlos, una vía para alcanzar una definición compartida consiste en considerar la etimología del término. “Política” remite al gobierno de la *polis*, del colectivo que habitaba una ciudad-estado en la antigüedad griega. Más allá de esta particularidad histórica, una acepción más amplia haría hincapié en lo concerniente al gobierno, dirección y gestión de lo público, de las relaciones mantenidas en el seno de un colectivo social. Como

¹ El presente texto resume y matiza argumentos expresados en otras publicaciones elaboradas por nuestro equipo de investigación. Véanse, al respecto, LULL, V. y RISCH, R., “El Estado Argárico”, *Verdolay*, 7 (1996), pp. 97-109. LULL, V. y MICÓ, R., *Arqueología del origen del Estado: las teorías*, Bellaterra, Barcelona, 2007. LULL, V. y MICÓ, R., *Archaeology of the Origin of the State: The Theories*, Oxford, 2011. CASTRO, P., GIL, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE HERRADA, C., RISCH, R. y SANAHUJA, M^a E., “Teoría de la producción de la vida social. Un análisis de los mecanismos de explotación en el Sudeste ibérico (c. 3000-1550 cal ANE)”, *Astigi Vetus*, 1 (2001), pp. 13-54.

puede verse, sigue respetándose la concepción griega, según la cual el colectivo es siempre el ámbito protagonista, tanto en posición de sujeto como de objeto, por encima de las individualidades. Y ello porque, como afirmó Aristóteles y sigue admitiéndose hoy, el ser humano es un *zoon politikon*.

Ahora bien, *zoon politikon*, literalmente “animal político”, suele entenderse y traducirse por “animal social” y, al hacerlo, se abre un territorio abonado a la ambigüedad.

- ¿Se encuentra la política en *todas* las relaciones humanas en tanto que relaciones sociales? Si la respuesta fuese afirmativa, se equipararía “política” con “sociedad” y, por tanto, el estudio de la política adquiriría el estatuto de una verdadera antropología o sociología general, ciencia suprema de los asuntos humanos.
- En cambio, si desconfiásemos de la posibilidad de subsumir la sociedad y la historia a la omnipresencia de la política, habríamos de enfrentarnos al siguiente interrogante: ¿se encuentra la política *únicamente* en cierta dimensión o lugar concreto de lo humano en sociedad? Si la respuesta fuese también afirmativa, se abriría entonces la pregunta acerca de cuál es ese lugar o dimensión y dónde se encuentra. A este respecto, la filosofía y el pensamiento político han ofrecido respuestas muy distintas, según se enfatice el componente social o el individual: desde plantear que la política surge de un imperativo ético compartido, emanado de la voluntad de ser de cada uno de los pueblos que componen la Humanidad, a, en el extremo opuesto, que reside en la capacidad de liderazgo de ciertos individuos o que resulta de la capacidad individual de raciocinio y consiguiente discernimiento de aquello mejor, bueno o más conveniente para uno mismo y, por extensión, para el prójimo.

Formular y dar respuesta a todos estos interrogantes presupone una metáfora topológica, según la cual la política ocupa un “lugar” en el territorio de lo social. Como en el análisis de cualquier territorio, la definición de uno de sus componentes (“¿qué

es la política?”), deberá atender tanto a sus características propias, a su “topografía” como “Ser”, como a su vinculación con otros componentes o habitantes del mismo territorio, es decir, a su “Estar”.

La metáfora geográfica o cartográfica de lo humano remite a una ontología que detalle la configuración de ese territorio, sus elementos, las relaciones que los vinculan y sus límites. La ubicación y definición del campo de dominio de lo político dependerá de la ontología social, implícita o explícita, desde la que abordemos el proceso de conocimiento: ¿qué es eso llamado “sociedad”, cómo funciona, porqué se diversifica y cambia?

Ontología marxista y el concepto de “política”

Pretender dar cuenta aquí de las ontologías sociales siquiera vigentes actualmente supondría un ejercicio de erudición fuera de nuestro alcance. Por tanto, nos limitaremos a ofrecer una propuesta desde la ontología marxista que aplicamos en nuestras investigaciones sobre arqueología prehistórica.

En esta ontología, el concepto “producción” desempeña un papel protagonista. La producción de las condiciones materiales que sustentan cualquier forma de vida social constituye el primer hecho histórico: todo lo social se produce mediante relaciones, de diverso orden y dinámicas y cambiantes, entre sujetos (hombres y mujeres) y objetos (soportes naturales, materias primas, artefactos).

En la “Introducción” a los *Grundrisse*, K. Marx² propuso que la producción puede entenderse como un ciclo unitario que se despliega, dialécticamente, en tres “momentos” que desvela el análisis:

² MARX, Karl, “Introducción”, *Contribución a la crítica de la economía política*, Moscú, 1989 [1857], pp. 178-208.

(1) La producción supone la intervención activa de sujetos sociales, medios de producción y materias primas de cara a la obtención de un producto. Los sujetos sociales se forman en este momento, al intervenir en tareas esencialmente colectivas que requieren implicación variable en cuanto a intensidad y duración. El “estado de naturaleza” formado por individuos aislados y autónomos nunca ha tenido lugar; es un mito alimentado por el liberalismo.

(2) El uso-consumo de lo producido, en el marco de prácticas más o menos intensas, variadas y prolongadas, da sentido a la producción. En el caso de los sujetos sociales, el consumo restituye la fuerza de trabajo, cerrándose el ciclo (re)productivo y abriendo las condiciones para el siguiente. Dado que el consumo proporciona satisfacción a nivel individual, mientras que la producción es siempre de índole social, se entabla entre ambos momentos una contradicción permanente que resolverá la distribución.

(3) La distribución implica el movimiento de productos desde los ámbitos de producción hacia los que registrarán su uso y consumo. En cuanto asignación de objetos, adopta formas históricamente variables, desde la reciprocidad hasta el tributo. La misma amplísima variabilidad afecta la asignación de sujetos, expresada en múltiples normas de parentesco y/o en migraciones y raptos. En el momento de la distribución, la producción general excede el ámbito estrictamente económico para convertirse en un ámbito social, clave, como veremos, para definir “política”.

Los tres momentos son distinguibles analíticamente, aunque en la práctica suelen conformar o presentarse como una unidad, en especial la producción y el uso-consumo. Así, el acontecimiento de la producción de algo concreto (por ejemplo, un instrumento o cierta cantidad de alimentos) manifiesta unitariamente el uso de ciertos objetos (por ejemplo, herramientas) y el consumo de otros (por ejemplo, combustibles) y de los mismos sujetos (fuerza de trabajo).

Dado que esta ontología tiene una pretensión holística respecto a cualquier manifestación social, resulta pertinente preguntarse en cuál de estos tres momentos identificar el lugar propio de la política. En una primera aproximación, situarla en cualquiera de los dos momentos extremos conduciría a vindicar formas de idealismo incondicionado o irreductible.

- Si del momento de la producción emanasen las relaciones políticas, habríamos de admitir la prioridad del pensamiento sobre el hacer, tal y como defienden las ontologías de la cultura y la identidad: la intervención humana sobre la materia siempre depende de una idea forzosamente previa y rectora. Esta perspectiva asume el modelo teológico y lo aplica a la actividad humana, colocando nuestro pensamiento en el papel de la divinidad y subordinando a su voluntad el mundo material.
- Si, en cambio, ubicamos la política, *enteramente*, en el momento del uso y del consumo, ámbitos desarrollados a escala individual, habríamos de admitir un idealismo esta vez individualista, en virtud del cual cada persona es libre e indeterminada, capaz de escoger soberanamente entre lo que la producción ofrece.

Por su parte, el momento de la distribución hace referencia a una posición intermedia entre los anteriores, sujeta a éstas pero capaz de influir sobre ambas. Ahí consideramos que radica el significado de “gestión” o, más allá de él, el de “gobierno”. Sugerimos, por tanto, que la política es el ámbito social donde se conforman los criterios que rigen la distribución efectiva de los objetos y sujetos sociales para su uso-consumo finalista y/o productivo y reproductivo. La política puede condicionar la producción y el consumo desde un lugar propio que se halla en la distribución.

¿Es el criterio político fruto de una voluntad arbitraria, “libre”? La respuesta es negativa. El criterio político se construye a base de vivencias y experiencias surgidas de los ámbitos de la

producción y del uso-consumo, aunque, a la vez, es capaz de influir y condicionar futuras prácticas en dichos ámbitos. Además, el criterio político no se alimenta de voluntades soberanas, sino de condicionantes físicos, tecnológicos o, en definitiva, económicos del proceso de producción donde se sientan las bases de todas las relaciones sociales. Habitualmente, los criterios políticos se orientan a dar respuesta a interrogantes como:

- ¿Qué productos hay que obtener y en qué cantidad?
- ¿Quiénes participarán en tal o cuál tarea, por cuánto tiempo y con qué intensidad y exigencia? (¿Con quién se cuenta y en qué condiciones, tiempos y ritmos?)
- ¿Somos poca gente, nos bastamos o sobramos en relación con un objetivo dado?
- ¿Con qué recursos, materias primas y medios de producción se cuenta para realizarla? (¿Con qué se cuenta para hacer algo concreto?). ¿Faltan, bastan o sobran?
- ¿A quiénes irán destinados los bienes producidos y/o servicios prestados y en qué cantidad o medida?
- ¿Cuál es el valor de cambio de todo aquello sujeto a intercambio? ¿Qué sistema de equivalencias aplicar?

Por estar implicados en relaciones que les producen individualmente y como grupo social, todos y todas tienen algo que responder. Sin embargo, hay motivos relacionales que condicionan las respuestas más allá de un hipotético libre albedrío. Las analizaremos en el siguiente apartado, así como las consecuencias prácticas de sus diferencias.

Política, producción e historia

Hemos sugerido que la política emerge y ocupa un lugar propio, intermedio, en el momento de la distribución. Cuanto más alejados en el tiempo y en el espacio estén los momentos de la producción y del uso-consumo, más relevancia cobrarán las formas de distribución y, por tanto, la política. Esa distancia entre

producción y uso-consumo es históricamente variable. Evaluarla en cada caso depende del estado de dos condicionantes.

- a) *División de las tareas productivas* (de la “división técnica del trabajo” o “división del trabajo” según Marx). Tiene que ver con el grado de fragmentación de los procesos productivos y de la especialización de colectivos concretos en su ejecución.
- b) *División social de la producción*. Con esta expresión, aludimos al grado de fragmentación o de “dislocación” del colectivo social en cuanto a la participación de los momentos de la producción general (producción-distribución-uso/consumo); es decir, el grado de fragmentación de los colectivos implicados en la sucesión cíclica de los tres momentos (¿son las mismas personas las que colaboran para producir algo, las que se reúnen para decidir su distribución y las que usan-consumen lo que ha sido producido?).

El desarrollo de ambas divisiones, productiva y social, implica la disgregación del colectivo en contextos donde se producen vivencias particulares. Las vivencias particulares favorecen perspectivas de vida futura también particulares y, de ahí, la formación de intereses diversos que se traducen y enuncian en proyectos de convivencia o de conveniencia en forma de ideologías.

Si alguna vez la hubo, la proliferación de vivencias particulares liquida la unanimidad, la conformidad respecto a un interés general espontáneo y directo. Surgen inevitablemente desencuentros que, con frecuencia, exigen respuestas inmediatas porque hay imperativos económicos indiferentes a los ritmos de la actividad política (por ejemplo, la siembra o la cosecha no pueden demorarse a riesgo de comprometer el sustento; la necesidad apremia para conseguir tales o cuales materias primas o artefactos so pena de paralizar otras producciones y poner en riesgo la subsistencia; los individuos crecen y reclaman lugares de vida o son reclamados desde otros, etc.). La política no nace ahora, sino que, al fragmentarse los ámbitos del ciclo productivo, ve la luz la política como ámbito especializado, estable y duradero. Es ahora cuando,

institucionalizada, adquiere una visibilidad propia y característica. Y es ahora cuando, dotada de lugares y objetos propios, podemos identificarla más fácilmente desde la arqueología, y no sólo inferir su acción cuando el ciclo de producción se articulaba en pocas divisiones sociales y la distancia entre producción y consumo era muy corta.

La política en marcha

La política surge de la relación, se encamina a la decisión, genera derechos y obligaciones y culmina en ejecución. A lo largo de este proceso se transitan vías y se emplean medios. En síntesis, la toma y materialización de decisiones puede resultar de dos clases de vías, la negociación y la coerción.

- La vía de la negociación emplea los medios del diálogo y la deliberación. Cada parte implicada busca el convencimiento o el consentimiento de las restantes. El final toma la forma de acuerdo por consenso (aunque no necesariamente las partes se benefician por igual).
- La vía de la coerción emplea la violencia, física y psicológica, como medio contra las posiciones diferentes u opuestas. La meta es la obediencia y la sumisión. El final toma la forma de imposición (que siempre beneficia una parte a costa de la otra).

Cuando un determinado criterio (político) sobre la distribución de sujetos u objetos se reitera en el tiempo, se convierte en norma. Desde el punto de vista jurídico, enuncia entonces una relación de propiedad, en la que se estipulan derechos y obligaciones. En sentido estricto, un grupo posee algo cuando tiene garantizado su acceso y beneficio.

La categoría “propiedad”, en su significado general de control y acceso por parte de un grupo, puede no implicar la exclusión o la explotación de otro u otros grupos. Sin embargo, con frecuencia lo hace. Dirimir si aconteció una u otra situación depende de la investigación empírica, por cuanto sería erróneo presuponer

que ciertas épocas, regiones o colectivos humanos por razón de sexo, edad o cualquier otra condición física o subjetiva, están predeterminados a ser propietarios o poseídos. Si la investigación descubre formas de propiedad que implican explotación, la apropiación implica la extracción de plusvalía y, por tanto, la identificación de un excedente enajenado. De no ser así, resulta posible identificar sobrantes económicos, destinados a un consumo y beneficio colectivo en lugar de a un disfrute particular y privado.

Política y propiedad pertenecen a la misma familia de conceptos. Toda política afianza o cuestiona una relación de propiedad. Si se manifiesta material y reiteradamente, se dice que alguien ejerce “poder”, y, por ende, que posee “soberanía”. Las relaciones de explotación suponen un reparto desigual del poder y de la soberanía (correlatos de la propiedad privada), en manos ahora de la clase explotadora. En estos casos, la vía de la coerción es la más utilizada para garantizar la efectividad de las decisiones políticas. Emergen para ello colectivos especializados en ejecutar formas de violencia física y psicológica: ha surgido entonces la Civilización y la organización política que le es propia, el Estado.

La arqueología y la investigación de la política: breves apuntes

La investigación arqueológica de la política se hace particularmente viable cuando esta actividad se dota de medios materiales especializados, estables y duraderos. La vía del acuerdo fue probablemente la primera en requerir espacios de reunión específicos, en los cuales dirimir, a través del diálogo o la discusión, el rumbo de la vida en común. Tras la revolución trascendental que supuso el sedentarismo (en definitiva, una mutación radical de la *distribución* humana sobre el espacio geográfico), en ciertas regiones aparecieron edificios sólidos que albergaron la reunión. El tránsito al neolítico en la alta Mesopotamia ofrece un caso especialmente interesante y bien documentado de cómo se institucionalizó la actividad de reunión en cada comunidad y entre comu-

nidades³. La aparición de los primeros “edificios públicos” en asentamientos como Jerf el-Ahmar (Siria) o Hallan Çemi (Turquía) permite observar cómo combinaron una función económica de interés común (almacenamiento de alimentos y de materias primas alóctonas) con otra de reunión, a menudo referida como de culto. En un ámbito supralocal, el centro de Göbekli Tepe (Turquía) se erigió como un gran centro estable especializado en la reunión a escala regional. Más tarde, se observa cómo los “edificios públicos” de los asentamientos se desprenden de su función económica para dedicarse de forma especializada a la reunión, como en el citado yacimiento de Jerf el-Ahmar o en Nevalı Çori (Turquía). La propiedad, en cuanto acceso a buena parte de los bienes subsistenciales, había pasado a las unidades domésticas particulares, ahora reforzadas arquitectónicamente, mientras que el recinto público se reserva en exclusiva a la reunión. Por encima del nivel local, Göbekli se mantuvo como el gran centro de congregación regional.

Este ejemplo pone de manifiesto la emergencia de ámbitos especializados en la reunión. Más allá de que se pretenda interpretarlos como “templos” o “parlamentos”, está claro que su diseño favorece la función deliberativa y, a nuestro entender, política, aunque su acontecer aparezca teñido de formas y símbolos que a menudo se vinculen con la religión. Además, ponen también sobre la mesa el tema de la acción y representación política, por cuanto ninguno de los edificios públicos descubiertos tuvo la capacidad de albergar a la totalidad de los miembros de las comunidades respectivas. De hecho, se calcula que sólo entre el 5

³ Para una síntesis sobre los descubrimientos recientes, véanse ÖZDOĞAN, M.; BASGELEN, N. y KUNIHOLM, P. (eds.), *The Neolithic in Turkey. The Euphrates Basin. New Excavations & New Research*, Estambul, 2011. Igualmente ÖZDOĞAN, M.; BASGELEN, N. y KUNIHOLM, P. (eds.), *The Neolithic in Turkey. The Tigris Basin. New Excavations & New Research*, Estambul, 2011.

y el 30% de la población habría tenido acceso⁴. ¿Asistían y dirimían sólo ciertas personas en representación del resto? Y, si así fuera, ¿con su beneplácito o contra su voluntad? La respuesta no se halla en los edificios, sino en las relaciones entre las unidades domésticas, testimonio y agente de una nueva política que afectó la distribución de hombres, mujeres y objetos. En ellas, para ciertos grupos el mundo comenzó a quedar limitado a las cuatro paredes del hogar. En la alta Mesopotamia y en zonas limítrofes de la meseta anatolia se detectan en estos momentos indicios de predominio masculino y de disimetrías socioeconómicas. ¿Nos hallamos ante las primeras políticas patriarcales y de clase?

La vía de la imposición está denotada materialmente por las armas interpersonales, medios de destrucción, amenaza y exclusión, que pueden ser de naturaleza inmueble (fortificaciones, cárceles y fronteras: dispositivos de exclusión) y móvil (elementos de combate, tanto de ataque como de protección corporal). Pero también por un nuevo sujeto especializado, que suele ser designado como “guerrero”, “soldado”, a veces connotado como “héroe”. De hecho, se trata de personal especializado en la política, si bien no siempre implicado en la elaboración del criterio aunque fundamentales e imprescindibles para la materialización del mismo.

Los ejemplos son abundantes a lo largo y ancho del planeta, aunque sin duda especialmente frecuentes en las sociedades clasificadas como “complejas” y, sobre todo, en las que se denominan civilizadas. Parece una ironía vindicar la resolución “civilizada” de conflictos, como sinónimo de la aplicación de vías pacíficas y dialogadas, cuando ha sido la civilización la que ha elevado a oficio el ejercicio especializado de la violencia física como medio para imponer políticas coercitivas.

Finalmente, conviene hacer mención de la tercera expresión material de los medios de la política, aquellos vinculados con

⁴ MCBRIDE, Alexis, “Modelling capacity of Near Eastern Neolithic non-domestic architecture”, *Journal of Anthropological Archaeology*, 40 (2015), pp. 376-384. <http://dx.doi.org/10.1016/j.jaa.2015.01.004>

prácticas de exhibición y comunicación. A diferencia de lo que sucedía en los recintos especializados de reunión mencionados anteriormente, las personas que asisten a esos encuentros podrían dividirse entre emisoras (activas) y receptoras (pasivas) de mensajes y estímulos. Se trata, en suma, de prácticas sociales donde se concreta algún tipo de aprendizaje subjetivo, llámesele adoctrinamiento cuando se inculcan determinados contenidos o referentes narrativos mediante distintos tipos de lenguajes (oral, visual), o llámesele temor o miedo cuando se inculca obediencia y sumisión mediante *performances* o espectáculos sobrecogedores.

Festivales y funerales proporcionan ocasiones propicias para este tipo de prácticas, en las que la congregación pública sirve para fomentar la adhesión subjetiva a principios abstractos y generales. Estas procesos de construcción de las mal llamadas “identidades” buscan borrar o transformar las subjetividades generadas a partir de las vivencias particulares de grupos concretos, mediante la imposición de concepciones morales e ideológicas que suelen reforzar otros mecanismos de obediencia y sumisión, como por ejemplo los que se sirven de la violencia física. La política también *intermedia* aquí, constituyéndose en intérprete u oficiante de una subjetividad pública que se erige en árbitro de sentimientos, complejos psicológicos y proyecciones mentales individuales.

Conclusiones

En sí misma, la actividad política no produce sujetos ni objetos materiales; en todo caso, los concita en ámbitos de reunión, deliberación o ceremonia, y los reclama y, eventualmente, destruye en conflictos bélicos; es decir, la política usa y consume objetos y sujetos producidos en otros lugares mediante otras relaciones (socioeconómicas). Sin embargo, al hacerlo influye y hasta determina la producción y el uso de materiales sin intervenir presencialmente en su desarrollo. Por eso puede parecer que la política no es nada concreto en sí misma, porque siempre apunta o se refiere a otra cosa.

Desde el punto de vista de la investigación arqueológica de la política, sugerimos una aproximación, diríamos que sintagmática, en la que el significado surja de la consideración de los objetos en sí mismos y de las relaciones establecidas con otros. Tan importante será ser capaces de identificar los medios materiales propios de la política, sus lugares, objetos y sujetos específicos, como los materiales asociados a los momentos de la producción y del uso-consumo cuya distribución interesó a políticas concretas.